

Desde el extranjero

Revisite La Onda
nº 2 Zaragoza
Verano 2000



Lectura/ Paseo por las calles de Nueva York

Texto leído en el homenaje a Dionisio Cañas y José María Conget, con motivo de la presentación de "El Gran Criminal" y "Cincuenta y Tres y Octava", en el Spanish Institute de Nueva York.

taxi, y se enamora del taxista, a quien le pide: "Taxista amigo mío, llévame a las cuevas de Manhattan".

"No sé dónde está, pero existe," señala José María Conget desde otra esquina del paisaje, "la barrera invisible que separa los dos mundos de mi calle".

El lector tampoco lo sabe, pero es cierto que existe más de un extraño punto de fuga en el espacio, túneles que franquean el paso de uno a otro libro. No andamos lejos de la confluencia de la calle Cincuenta y Tres con la Octava Avenida, y antes de llegar a la frontera del espacio urbano acotado por el libro de José María Conget, aparece un poema como los que vemos entre anuncios comerciales, cuando viajamos en los metros o autobuses neoyorquinos. Son unos versos de Walt Whitman, que dicen: "Quédate con tu sol espléndido y con tus bosques, oh Natura, y con los parajes apacibles que marcan los confines de la foresta, quédate con tus campos de trébol y de espliego,

con los maizales y los huertos, y entrégame las calles de Manhattan." Ya dentro del territorio de Conget, recorreremos con él las aceras del insomnio. En las altas horas de la madrugada, José María se inventa una etimología para las yeguas de la noche. Tal vez porque no logra conciliar el sueño, echa mano de otro poema, esta vez de Borges, que le ayuda a entender lo que le pasa. Y es que el novelista aragonés siente una aguda nostalgia del presente. De lo que probablemente no se dé cuenta es de que muchas veces, a esas mismas horas, apenas a unas calles de su casa, Dionisio se dejaba llevar por su propia nostalgia del presente, entre el rumor de los cócteles del Monte Tecla, al son de canciones del Caribe.

Una de las novelas de José María Conget lleva por título "Todas las mujeres". Del mismo modo, el Nueva York rescatado en estos dos libros es una destilación urbana que cabe caracterizar perfectamente como "Todas las

En torno a los dos títulos que hoy presentamos ha urdido el azar una trama de coincidencias cuyo significado más profundo invita a una indagación que va más allá de lo literario. "Cincuenta y tres y octava", de José María Conget, y "El Gran Criminal", de Dionisio Cañas" vieron la luz el mismo año de 1997. Uno y otro texto efectúan breves recorridos que rondan las sesenta páginas. Preciosamente editados, una vez iniciada su lectura, resulta imposible interrumpirla. Nacidos casi el mismo año en distintos puntos de la geografía española, Conget en 1948, en Zaragoza, Cañas en Tomelloso en 1949, en tiempos recientes sus autores habrían de converger y escribir en el espacio urbano de Manhattan.

Con el permiso de ustedes, quisiera convertir la experiencia de leer estos dos libros en un paseo único por las calles de sus páginas. Empezaré por el segundo párrafo del libro de Dionisio Cañas: "Dormidas las víboras de la droga, es primavera en Manhattan, suena a mares el aire en su oreja. La luz se posa sobre los árboles, junto al río patrulla la flor de Irlanda, en carro azul con sirena plateada. El criminal se pasea por las calles, bajo una lluvia de imágenes sin pasado, perdidas para siempre. Viviendo escribe su poema".

El Nueva York de Dionisio Cañas es un laberinto de templos, tugurios, y bodegas, una geografía de aceras por entre cuyas resquebrajaduras florece "la rosa de lo sórdido, la puta flor que nace entre los hierros de Manhattan". El lector-paseante se cruza en estas avenidas de letras con personajes que son cada uno una historia en el mar de las historias. El texto nos sitúa en un espacio que se configura como una espiral de semáforos y ventiladores. Estamos en compañía de vagabundos, sobre cuyos corazones llueve como sobre las calles, mendigos que no saben del tiempo, y por eso en las torres que los miran hay relojes sin agujas. Un vendedor de sándwiches se aleja en la noche de la Novena Avenida. Una voz detiene un

ciudades". En "Cincuenta y Tres y Octava" Conget conjura los barrios de Glasgow, o se encuentra un pedazo de Lima debajo de su ventana, o al doblar una esquina de la imaginación, la luz de Manhattan lo transporta a "determinada tarde de otoño y el rumor de gorriones del zaragozano Paseo de la Independencia a comienzos del curso de 1958", o, en una de las coincidencias más enigmáticas del paisaje compartido por los dos textos, evoca las callejas encaladas de un pueblo manchego, como si Conget le diera permiso al autor de "El Gran Criminal" para destilar unas gotas de su propia nostalgia en las páginas de "Cincuenta y Tres y Octava". Los gorriones del cielo zaragozano tienen su contrapartida en las golondrinas que surcan las páginas de "El Gran Criminal". Mientras se desangra el crepúsculo sobre el Hudson, le viene a la memoria a Dionisio el vuelo de unos pájaros sobre un paisaje de pinos y matorrales, pizarra y granito, donde el agua se extiende a lo lejos como una mano acogedora, y exclama: "Las golondrinas, sí, las golondrinas escritoras que no dejan la página del cielo tranquila." Hay una ciudad más, que no quiero olvidar, entre las calles del libro de Dionisio Cañas. Es Madrid, un Madrid venial, escrito así, con m minúscula, que el poeta recuerda envuelto en una bruma de color morado y gris.

Lo que ahora voy a contar ha pasado más de una vez. Es viernes por la tarde, como hoy. Al final de la jornada, los dos escritores van paseando. Dionisio viene de su estudio, en el West, y José María del East, de su despacho en el Insitituto Cervantes. Van a la misma conferencia, o acaso a la presentación de un libro. Llegan al Grace Building a la vez, número 32 Oeste de la calle 42, entre la Quinta y la Sexta Avenida, frente a la mole majestuosa de la Biblioteca Pública. Se reconocen en la base de este rascacielos de silueta audazmente curvada, se saludan y toman juntos el ascensor. Salen al rellano del piso 40, sortean los pasillos, y apenas toman asiento no pueden evitar desviar la mirada ante la vista que se

Desde el extranjero

despliega ante ellos. Es la antigua sede del Departamento de Español del Graduate Center de la City University of New York, y Conget, tras declararla su favorita entre cuantas ofrece la ciudad de Nueva York, comenta "Siempre que tiendo allí la mirada sobrecogida me pregunto cómo se las arreglan estudiantes y profesores para concentrarse en Baltasar Gracián o Juan Rulfo, mientras los grandes ventanales le invitan a perderse entre las torres esbeltas, el espacio, y el lejano mar..."

El mar, sí, porque a fin de cuentas, como decían Gabriel García Márquez y Derek Walcott, en su recuento conjunto de las Antillas, Manhattan es por derecho propio una isla caribeña. Su pulso se percibe en los espacios abiertos, y más aún en los cerrados. El pulso del mar, el de las multitudes, y el de la muerte. La biblioteca personal del autor de "El Gran Criminal", leemos en cierto momento, es un horizonte de amigos y de libros, y un cementerio de letras. En la meditación dionisiaca de la ciudad, se percibe la presencia de un poemario espléndido y sobrecogedor, el "Libro de la Muerte", de un cuentista y narrador sobre quien Cañas escribió con pasión e inteligencia, el puertorriqueño Manuel Ramos Otero, muerto a los cuarenta y dos años. Me parece vislumbrar la sonrisa inconfundible de Manuel cuando llega hasta sus oídos un grito que restalla en el libro de su amigo Dionisio: "¡Joder con el sida y sus secuelas! ¡Joder, qué jóvenes están los muertos!, ¡qué jóvenes y qué despiertos!" Grito cuyo eco llega hasta el madrileño barrio de Legazpi, unas páginas más allá, en un bar donde los vivos, más que vivos, para Dionisio Cañas son no muertos.

Uno de los placeres de la conversación de José María Conget es su debilidad por el mundo de los cómics. "Cincuenta y tres y Octava" propone una fascinante lectura tebeística de la ciudad; aún más fascinante si cabe, es la cinematográfica. La configuración urbanística de su Manhattan de

sobre el río Kwai, Smirnoff, Network, Four Roses... La velocidad de la muerte, la atracción del abismo, de turgorio en turgorio, de bar, en bar".

Cañas erige una arquitectura de quiasmos que hacen de Nueva York "un caos de imágenes cuyo único orden es la vida"; o visto desde el otro lado del espejo, un "desorden hermoso cuyo único horizonte es la muerte". Formulada con total exactitud, el interrogante que planteaba Conget al principio de este paseo-lectura, ante la naturaleza promiscuamente dual de la ciudad se concreta así:

"No sé dónde está, pero existe, la barrera invisible que separa la respetabilidad de la clase media de la pachanga proletaria. ¿En qué momento la Avenida Octava pierde su decoro puritano para abrirse al puterío?" Contradiciones y estridencias, aclara el escritor aragonés "que hasta el paseante menos observador registra".

Conget penetra en el submundo que pulula alrededor de la estación de autobuses entre las calles 41 y 42 y las avenidas Octava y Novena: los contrahechos y quasimodos, los solapados alquimistas, los seres infrahumanos, el sexo mercenario, las consignas secretas, los pasajes ocultos, la oscura amenaza de lo invisible, los travestis de jeta feroz que inspiran tanto miedo como misericordia, los rincones donde el olor a orina hace el aire irrespirable. Nos habla de borrachíos, putas y putos y drogadictos que doblaron hace tiempo la última curva y aguardan a que una segunda muerte los arrastre a la nada definitiva.

Dionisio Cañas navega por su cuenta estas mismas aguas, escrutando la configuración de unos dados negros que un pescador ha tirado sobre la mesa del tiempo. El poeta canta el mundo y sus olores, la humildad del universo, el momento en que la bragueta se anuncia próspera, la noche incierta donde hay una cama y un ventilador. Su mirada recoge el momento en que un

celulósido nos invita a contemplar, entre otras escenas, una invasión de marcianos en Central Park, los saltos que da el vehículo del aprendiz de taxista en la película de Jim Jarmusch, que recorre la noche del planeta en cinco ciudades. También está el teniente malo encarnado por Harvey Keitel, que cae acribillado a balazos en *Midtown*, y *West Side Story*, y Fernando Rey en *French Connection*, y Vicente Aranda, Martin Scorsese, el taxi de Robert de Niro, y Woody Allen, uno de los poetas visuales más emblemáticos de esta ciudad. Y en esto hay también, una fina membrana que apenas separa los límites de los dos libros, una pantalla transparente que permite pasar de la realidad a la ficción fílmica, como en los personajes de "La Rosa Púrpura del Cairo", de Woody Allen. Con ellos, bajamos al patio de butacas y salimos a la calle, y estamos de repente en *Sunset Boulevard*, en el centro del libro de Dionisio Cañas.

Reverbera en el texto el eco de una traducción incorrecta del título de una película de Francis Ford Coppola, inexacta pero de gran acierto poético: "The Rain People" pasaría en España a titularse "Llueve sobre mi corazón". De manera similar "Sunset Boulevard" pasó al castellano como "El crepúsculo de los dioses". Sobre esto nos podría dar una conferencia Conget. Lo que a mí me llamó la atención es que en las páginas de "El gran criminal" llueve sobre la ciudad como sobre el corazón de los mendigos. No sé por qué lo ha hecho, pero a mí me gustó que en el fragmento central del libro se rinda homenaje a un muerto que se cayó del otro lado de la pantalla, William Holden. La muerte lo sorprendió borracho en su soledad. Cuando unos días después entraron los policías, la televisión estaba encendida y el guión de una película flotaba inmóvil sobre la sangre casi seca del actor. Y Dionisio Cañas le dice:

"Mientras morías pasaban lentamente imágenes sordas de películas antiguas y etiquetas de botellas como si fueran los cuadros descolgados de un museo para borrachos: Johnny Walker, Golden Boy, Jack Daniel's, Streets of Laredo, Budweiser, Sunset Boulevard, Beefeater, Picnic, Gordon's, El puente

camarero nos sirve su corazón en un plato de accendidos en el bar de los no muertos, o el quiebro de un instante en que una puta le agarra el paquete a un negro, o una boca desdentada se ajusta a la forma de un pene.

En el libro de Cañas, toda perspectiva de la realidad incluye un bar. El suyo es un Nueva York de alegrías y resacas. Conviniendo de inmediato en ello, Conget se hace eco de esta idea, matizando: "Quizás todas las calles sean la misma calle y no hacemos sino doblar indefinidamente la misma esquina y bebemos el mismo vino en el mismo bar".

Tal vez la mejor manera de terminar nuestro recorrido por el espacio común a los dos libros sea abandonarse a sus músicas, que salpican sus páginas en múltiples pasajes, así, en Conget, la cantante de ópera venida a menos que mendiga al son de Hello Dolly, o las páginas que ponen punto final al libro, con el negro George Jackson cantando con su voz rota en las noches del verano neoyorquino. En Cañas, los antiguos boleros del Caribe, o un bar que es todos los bares, donde la noche se mueve a ritmo de salsa y de rancheras.

Eduardo Lago

(Eduardo Lago es profesor de literatura contemporánea en Sarah Lawrence College, Nueva York. Colaborador de Babelia, su libro de viajes, Cuaderno de México, será publicado el próximo otoño en Zaragoza, Las Tres Sorores).

Cañas, Dionisio. *El Gran Criminal*. Ave del Paraíso ediciones. Colección Oasis. Madrid 1997

Conget, Jose María. *Cincuenta y tres y Octava*, ed. Xordica, Zaragoza 1997